

La metamorfosis sufrida por las fuerzas de los insurgentes la evidencia un glorioso episodio: el sitio de Cuautla, sostenido por el insigne Morelos, á cuyas órdenes se hallaban los denodados insurgentes Hermenegildo Galeana y su hermano, los Bravo, el cura Matamoros y otros, con 3.000 mestizos del Sur, engreídos por triunfos recientes, y algunos indígenas. Dan principio las operaciones por el famoso general Calleja, el 17 de Febrero de 1812; y éste llega á establecer sus obras de circunvalación, con 7.000 soldados de las mejores tropas realistas, después de que habiendo ejecutado un formidable asalto con 5.000 hombres, se le hizo retroceder, en combates que se prolongaron por ocho horas. En aquel sitio memorable, se registran salidas atrevidas de los sitiados; bregas tremendas por reconquistar la corriente de agua del río, que se les pretendió arrebatár, para la defensa de la cual establecen reductos avanzados y caminos cubiertos, en medio del fuego atronador de sangrientas luchas; ataques combinados de fuerzas que pretenden dar auxilio á la plaza; arranques de verdadero heroísmo, de Galeana y los demás jefes, y especialmente de Morelos, que se ve reducido, por virtud de las víctimas que causan el hambre y la peste que se desarrollan en la ciudad, y las bajas ocasionadas por las diarias refriegas habidas en setenta y dos días de asedio, á sólo 1.200 soldados, entre los cuales había gran número de convalecientes que no soportaban el peso del fusil. Con aquellos hombres enflaquecidos por la falta de alimentos y por la fatiga, se resuelve el glorioso caudillo á romper temerario el cerco, después de responder con un sarcasmo á la oferta de amnistía que el jefe sitiador le brinda, en comunicación expresa, al calce de la que, Morelos, devolviéndola, escribe esta frase: *Otorgo igual gracia á Calleja y los suyos.* ¡En medio de la situación pavorosa que le rodeaba, cuando rugía el aterrador huracán de la muerte sobre su cabeza, con todos los aullidos de las miserias humanas, el héroe tenía sonrisas de ironía para sus enemigos!

Los sitiados se disponen á la general salida: á las dos de la mañana del día 2 de Mayo, toman la vanguardia 250 infantes, con el intrépido Galeana; les siguen 400 convalecientes, heridos ó enfermos, con su arma al brazo; tras ellos van los que con el fusil no podían, y muchos de los habitantes de Cuautla, colocándose al extremo, para cerrar la columna, Morelos con el resto de la infantería y 300 caballos. Se dirigen hacia el Noroeste; recorren por su fondo el cauce del río; se les interpone un barranco, con que se completaba el atrincheramiento de circunvalación; con madera que llevaban al efecto, establecen un puente, y cuando lo empezaban á franquear, un centinela del campamento enemigo hace el disparo de alarma. Galeana lo acuchilla; pero aquel tiro pone en movimiento á las tropas inmediatas, que acuden más y más mientras más el tiempo corre. Sin embargo, los insurgentes llegan á la hacienda de Guadalupe, y se defienden los cercados.

Las primeras luces de la mañana alumbran el desigual combate; y como se advierte que vienen más refuerzos todavía, tras una general embestida se resuelve la retirada. Las tropas regulares de Morelos la verifican, bajo su directo mando, de una manera ordenada; mas la caballería realista ejecuta una terrible carnicería entre los enfermos desarmados y los habitantes de Cuautla, que acompañaban á la expedición.

Extraviado D. Leonardo Bravo, con un grupo de hombres que llevaba consigo, fué aprehendido y entregado á Calleja, mientras que las reliquias de los sitiados, con su glorioso caudillo al frente, se unían en Izucar con las tropas de D. Miguel Bravo.

Rápidamente procura el jefe realista dejar las cosas en la forma en que debían quedar, para retirarse de aquella caliente tierra, que diezaba con la enfermedad á sus soldados; y en presencia de aquel único trofeo de su victoria, aquella desierta población ruinoso, destrozada por el fuego del cañón, sembrada de cadáveres, manda fusilar algunos prisioneros y dispone sea la presa entregada á las llamas. A los fatídicos resplandores del incendio, Calleja, con el ejército de operaciones, emprende el 7 de Mayo su marcha para la capital, á donde arribó el 16 del mismo mes.

El sitio de Cuautla, en donde no faltó ninguna de las más importantes peripecias de un acontecimiento militar de su especie, bastaría por sí solo á dar renombre al insigne Morelos.

Trujano sostiene otro sitio semejante al de Cuautla, y Rayón y Morelos, como otros, seguían la lucha, obteniendo el último brillantes triunfos. Habiendo capturado á muchos enemigos, escribió desde Tehuacán al virrey Venegas, proponiéndole el canje de 800 prisioneros españoles por D. Leonardo Bravo; y aquél,

no sólo desecha la oferta, sino que en 13 de Septiembre manda se ejecute al anciano patriota, á quien se dió muerte en garrote vil, usado únicamente para ladrones y asesinos. Ante aquel acto, el general independiente se indigna; manda fusilar 400 españoles que estaban presos en Zacatula, y noticiando á D. Nicolás Bravo la infausta nueva, le previene que otros 300 españoles que están en su poder, sean como los de Zacatula sacrificados.

El hijo recibe dolorido la noticia de la muerte infamante dada á su padre; mide el acto de su venganza, y después de sentir y reflexionar, resuelve magnánimo, aun á trueque de disgustar á su jefe, no sólo el perdón de aquellos 300 hombres que se le ordenaba fusilarse, sino su libertad; y para prestigiar la santa causa de la independencia, procura que esto se haga del modo más solemne y público. Así es que, formadas todas sus tropas en el campamento de Medellín, y al frente en fila los 300 prisioneros, toma la palabra y les dice cómo, en represalia por la muerte de su padre, el general Morelos los manda fusilar, y cómo él, para gloria de la causa que defiende, los perdona y deja en absoluta libertad. Casi todos aquellos hombres, vencidos ante la grandeza de uno de los actos más nobles que registra la historia, se resuelven á quedar á sus órdenes, afiliándose bajo sus banderas.

En Noviembre, Morelos, frente á Oaxaca, con 5.000 hombres y 42 piezas de artillería, intimaba rendición al teniente general español que la defendía, con 2.000 soldados, 40 cañones y 5 fuertes; y no habiendo sido atendido, dictó una orden general que concluía con estas palabras: *Mañana las tropas tomarán sus cuarteles en Oaxaca*, lo cual efectivamente verificaron, después de haberse apoderado de la ciudad por asalto.

Innumerables acciones tenían efecto en todos los ámbitos del país, y no es posible dar cuenta de ellas en reducido espacio como el de que disponemos, por más que las juzguemos tan importantes como la acción campal de el Palmar, con que el cura Matamoros ilustró nuestros anales, para morir después, tras la tremenda derrota sufrida frente á Valladolid por el único cuerpo de ejército que tenían entonces los insurgentes, mandado por el glorioso Morelos.

Sonó la hora de la desgracia para la causa de la Patria; y aunque el fuerte de Cópore, levantado sobre escarpada montaña, rechazara á las divisiones españolas que lo asaltaron, y Vicente Guerrero hacía victoriosa campaña en el Sur, en otros muchos combates los independientes son vencidos; su gran caudillo, el que inmortalizó á Cuautla con sus hazañas, era aprisionado y pasado por las armas al finalizar el año de 1815.

Por otra parte, de España llegaban al país nuevos y aguerridos batallones.

En 1816 y 1817, la isla de Mescala, defendida heroicamente por indígenas, el famoso fuerte de Cópore y el de Tehuacán, capitulan, y el fuerte del Sombrero es tomado por asalto, precisamente cuando Mina, el republicano español, que viene á Nueva España para combatir contra las tropas de Fernando VII, que le perseguía, hace una campaña espléndida, recorriendo, como una tromba de fuego, desde las costas de Santander (Tamaulipas) hasta el interior del país, en donde bien pronto sucumbe por la causa de la independencia de México.

Otros fuertes y otras fuerzas fueron abatidas después, y al fin, en 1819, sólo Guerrero, glorioso, se mantenía bravamente sobre las montañas del Sur, fatigando á las huestes realistas que Armijo dirigía.

Por renuncia de este jefe, le substituye, en Noviembre de 1820, D. Agustín de Iturbide, que gozaba reputación de activo, inteligente y bravo. Era este oficial realista hijo de español y criolla, nacido en Morelia, y él iba á intervenir en un gran acontecimiento de la vida del pueblo mexicano.

La lucha de diez años sostenida por la causa de la independencia nacional, aquella causa que para su triunfo había exigido la muerte de tantos héroes y el sacrificio de tantos mártires; que había dejado inmenso número de familias en situación pavorosa; aquella causa en que se había formado una generación nueva, tenía base robusta en todas las conciencias de los mexicanos, y preparado estaba el espíritu público, por una guerra tan desigualmente sostenida contra el Gobierno español, para que obtuviese la solemne sanción en el momento histórico á que vamos á llegar.

No en vano, pues, Hidalgo había lanzado el grito de independencia en Dolores, el 16 de Septiembre

de 1810; no en vano los preclaros tenientes que le siguieron, lucharon hasta morir en los campos de batalla ó en los cadalsos; no en vano la segunda pléyade de héroes, encabezada por el insigne Morelos, combatió valerosamente, ofreciendo, en aras de la libertad, la vida por la Patria; no en vano el noble y generoso Mina había contribuido, con su fulminante campaña, al sostenimiento de la guerra; no en vano el indómito Guerrero persistía en las montañas del Sur; no en vano millares de mexicanos habían muerto en la lucha contra las tropas realistas: la santa causa preparada por aquella epopeya de heroicidades y de martirios, estaba para triunfar; vivía en las conciencias, y era amada por los espíritus de todos los que el nombre de mexicanos merecían.

¡Por qué intrincados caminos había de llegarse al fin tan *bata-llosamente* perseguido!

Iturbide tuvo la intención de formar una dinastía, de erigirse un trono, y así consumó la independencia de México, habiendo sido antes constante enemigo de los insurgentes. Con cuantiosos elementos, creyó que podía dominar á Guerrero, y después al virrey; pero no contó con la bravura del caudillo del Sur, y modificó su proyecto cuando sus tropas fueron escarmentadas por las enemigas. Así, preparado como lo tenía todo, escribe amistosamente al ilustre Guerrero, en los primeros días del año de 1821, haciéndole saber que se uniría á él bajo cierto plan que le propone, y el 24 de Febrero da un manifiesto en Iguala, en que está expresada la idea que había dado á conocer á Guerrero sobre la independencia nacional: el reconocimiento de la religión católica, apostólica, romana, como única verdadera; el llamamiento de una junta gubernativa, para que convocase á elecciones de diputados que diesen la Constitución del Gobierno mexicano, y la formación del ejército de las tres garantías, «Religión, Independencia, Unión,» que apoyase el plan, que se ha denominado *Plan de Iguala*.

Ese plan, que antes que otra cosa entrañaba la idea de independencia de México, fué recibido en todo el territorio como la luz de una nueva alborada por la generalidad de los habitantes del país. Se hablaba en él de unión, y ello abría las puertas al nuevo orden de cosas á los españoles aquí residentes; se hablaba en él de religión, y ello daba esperanza al clero de que fuesen respetados sus fueros y privilegios, desconocidos por la última reformada Constitución de España. Así, pues, las tres garantías de que había de ser sostenedor un ejército, halagaban á los más poderosos elementos nacionales de entonces.

Si dudas podía despertar el recuerdo de la conducta del antiguo realista Iturbide en la lucha de diez años que al país había ensangrentado, el nombre de Guerrero, unido al de este jefe, desvanecía las dudas y hacía que los antiguos independientes proclamaran de lleno el famoso Plan de Iguala.



Soldados de la época de la Independencia